

Publicado en: Klaus Bodemer, Wolf Grabendorff, Winfried Jung y Josef Thesing (Hg.), *El triángulo atlántico: América Latina, Europa y los Estados Unidos en el sistema internacional cambiante*, Konrad-Adenauer-Stiftung, Sankt Augustin 2002, S. 247-270

Las nuevas fronteras entre las Américas¹

por Eduardo J. Vior,
Dr. en Ciencias Sociales
Magdeburgo, Alemania

Desde 1898 hasta 1989 las visiones mutuas de Estados Unidos y América Latina se caracterizaron por una dicotomía ambivalente: por un lado ambos complejos culturales definían su identidad y/o la completaban mirándose en el espejo del complejo opuesto. Esta dicotomía era a la vez ambivalente, porque incluía momentos de fascinación y rechazo del Otro.

Con el final del “*corto siglo XX*” (Hobsbawn 1994) cambió el patrón de relaciones entre las Américas: mientras que los Estados Unidos hegemonizaron gran parte de las mismas, los estados latinoamericanos perdieron soberanía y capacidad de integración. De ese modo ya no son referente para la identidad latinoamericana. Al mismo tiempo, las migraciones hacia los Estados Unidos y la resistencia etnocultural están extendiendo la cultura de América Latina 3.000 kilómetros más hacia el norte. Así se desplazaron las fronteras “internas” y “externas” de los espacios culturales latinoamericano y estadounidense.

Entre la Guerra de Cuba en 1898 y el bombardeo de Panamá en 1989 las élites latinoamericanas formularon valores, normas y sistemas simbólicos orientadores en base a sus percepciones de los Estados Unidos. Ante la evidente voluntad de éstos de ejercer su poder sobre todo el continente los dirigentes e intelectuales del sur reaccionaron contradictoriamente: o los condenaron en bloque o se sometieron anticipadamente. Esta ambigüedad dejó huellas en las identidades nacionales y su denominador común: *la identidad latinoamericana*.

La visión norteamericana de la América Latina, en tanto, combina la fascinación por la vitalidad y erotismo que se le atribuye con el paternalismo y el temor a los riesgos que las

¹ El presente artículo está concebido como un ensayo breve. Como tal se entronca en la tradición investigativa “*nuestroamericana*” (Cerutti G., 2000) y representa una aproximación al tema. En el texto principal se procura reconstruir la evolución de las visiones mutuas de Estados Unidos y América Latina en el siglo XX y sus perspectivas. En las notas se refiere entre otros a desarrollos teóricos básicos o ulteriores, algunos aún en desarrollo.

La preposición “*entre*” en el título considera por lo menos tres de sus significados posibles: a) mediación entre dos objetos diferentes considerados en su totalidad (las fronteras que separan a las Américas una de otra), b) dentro de (las fronteras internas de las Américas), c) participación y/o cooperación (las fronteras marcadas por la interacción de las Américas) (Vox, 1990). El autor reconoce plenamente la cercanía de esta idea al concepto de “*espacio cultural interamericano*” utilizado por C. Rincón (1999 cit. por E. Spielmann, 2000:24).

supuestas debilidades de la misma pueden acarrear para la seguridad nacional de los Estados Unidos (Aparicio 1995:383).

Se convirtieron así en tutores del continente sin poner sus temores en discusión (García Canclini 2000:67). Pero al negar los mismos los asimilaron a los que su élite experimenta internamente. De ese modo proyectaron el racismo a las relaciones continentales (Campbell/Kean, 1997:248-49). Percibieron a América Latina como externa a la propia sociedad y concentraron en su consciencia la formación de la identidad nacional en torno a su visión de Europa.

También en América la historia dio un vuelco hacia 1989: la formación de un orden imperial² mundial en torno a los Estados Unidos y la creciente disolución de los Estados nacionales latinoamericanos difuminaron las fronteras interamericanas. Pero la función de las fronteras hasta 1989 es sólo una parte de mi tema. El surgimiento de otras nuevas y sus efectos sobre la formación de identidades en el continente son el segundo aspecto.

Cuando mencionamos aquí a América Latina y a Estados Unidos hablamos de “*proyectos*” y no de entes. Así como hay “*proyecto norteamericano*” hubo durante el siglo XX varios “*proyectos latinoamericanos*”. Al poner en práctica los mismos surgen “*visiones*”³ de sí mismos y del Otro. El método de este trabajo consiste en interrelacionar las “*visiones de las Américas*” para determinar sus fronteras, establecer sus continuidades y rupturas acentuando el papel desempeñado por las prácticas de poder, ver qué efectos tuvo esa relación en la formación de cada uno de los espacios culturales y como se proyectan al siglo XXI.

Continuidad y rupturas en las visiones de las Américas

El estudio de las fronteras entre los espacios culturales en las Américas procura establecer regularidades y peculiaridades así como predecir desarrollos futuros. Como paso previo en este apartado se exponen algunos supuestos básicos.

Para estudiar las Américas es necesario construir conceptos que partan de su singularidad y consideren su papel en la historia mundial desde el siglo XVI. Para ello se

² Sobre el concepto de “*Imperio*” v. más abajo “**El fin de la dicotomía y las nuevas fronteras**”.

³ El término „*visión*” tiene en español e inglés connotaciones diferentes. En una primera acepción significa en ambas lenguas la materialización de la acción de “ver”. Pero en su segunda acepción ambas lenguas difieren: mientras que en español representa una ilusión, en inglés expresa un horizonte religioso digno de ser alcanzado (Oxford, 1989; Vox, 1990). En este texto se usa con el significado español, pero teniendo en cuenta las interferencias inglesas en el castellano hispanoamericano.

aplica una perspectiva evolucionista⁴ en la que se ve el desarrollo de las sociedades humanas como dependiendo de su capacidad para *adaptarse* a cambios ambientales, *seleccionar* entre diferentes alternativas, *variar* pragmáticamente esas soluciones y asegurar *la continuidad* de sus creaciones. Es un proceso colectivo de aprendizaje y conocimiento del entorno y de sí mismos tanto como de elaboración de las técnicas adecuadas para aplicar esos conocimientos (Diamond 1997).

La evolución humana depende del aprendizaje, se da por múltiples caminos y modifica sus finalidades en cada adaptación y variación. Como este aprendizaje es a parte de un proceso de intercambios sociales lleva repetidamente a nuevas restratificaciones y por lo tanto a la desigualdad: Este proceso tiene siempre un componente de violencia. La necesidad humana de suprimir de la conciencia este aspecto indeseado y restablecer la unidad de la misma lleva a una reestructuración de las relaciones sociales en su visión del mundo mediante los mecanismos psicológicos de *negación, supresión, proyección y desplazamiento*⁵. Al

⁴ Teniendo en cuenta la renovada hegemonía del evolucionismo en el debate científico internacional desde los años 90 es imposible resumir aquí la variedad de orientaciones incluidas en esa etiqueta. Su uso en este texto considera cuatro salvedades:

- a) El término „*evolución*“ designa una sistematización de las continuidades y cambios de organismos naturales y humanos desarrollada desde el siglo XIX fundamentalmente en los países anglosajones. Por lo tanto ni es independiente de la interrelación entre los organismos naturales (y humanos) entre sí y con su medio ambiente, ni puede pensarse su uso para el análisis de sociedades humanas independientemente de la intención de los propios actores sociales al hacerlo. El término científico es también instrumento de la acción social.
- b) La evolución social no tiene ningún fin predeterminado, se inicia a partir de *rupturas significativas* en la estructura informacional de dicho conjunto y en su curso se complejiza la estructura social crecientemente hasta alcanzar los límites de su capacidad de adaptación a situaciones cambiantes.
- c) Como no tiene un fin predeterminado, tampoco puede jerarquizarse entre sus distintas variantes: todas son respuestas a condiciones ambientales específicas, tienen tiempos de desarrollo diferentes y deben juzgarse de acuerdo a su adaptabilidad en tanto no dañen desarrollos ajenos ni afecten valores humanísticos universalmente aceptados.
- d) Por las tres razones mencionadas es imposible inducir de la evolución una ética immanente. Hechas estas tres salvedades la aplicación de este método se justifica del modo siguiente:
 - 1) Por la alta sistematicidad de sus categorías.
 - 2) Porque las mismas permiten sacar conclusiones por *analogía y homologación* con otros campos del conocimiento, así como transferir conclusiones de la aproximación ontogenética a la filogenética. La hegemonía del evolucionismo en el discurso científico predominante se basa hoy principalmente en el desarrollo de las tecnologías informáticas y „*las ciencias naturales históricas*“ (para diferenciarlas de las „*no históricas*“, como química y física) en los últimos treinta años: paleontología, biología, epidemiología, geología, climatología, oceanografía, hidrología, astronomía, etc. Por su carácter histórico estas disciplinas pueden brindarnos numerosos elementos para el conocimiento de la sociedad.
 - 3) Porque este método permite establecer relaciones múltiples con la materialidad de los fenómenos y trabaja con las categorías de causalidad y necesidad.

Para una bibliografía sucinta véase la lista al final del trabajo.

⁵ Estos aspectos constitutivos de una teoría de la ideología tomados de la teoría psicoanalítica fueron ya usados por el autor en su tesis de doctorado (Vior, 1991). En esta concepción la ideología ocupa el lugar del Yo en la teoría freudiana. La crítica de los discursos públicos mediante las cuatro categorías mencionadas busca restablecer la „verdad“ del Inconsciente (individual o colectivo) por aproximación para aclarar la dirección de las estrategias de *producción, circulación y reproducción de la vida* que se consideran articulantes de la vida social. En este esquema la conciencia (espacio predilecto de los

activarse en grupos estos mecanismos llevan a concentrar poder en determinados centros⁶. La reiteración sistemática de estas prácticas consolida la identidad como efecto ideológico. Los sujetos individuales y colectivos son entonces productos y productores de ideología y por lo tanto históricamente contingentes. En este texto sólo se considerarán las identidades colectivas.

El proceso identitario se produce a través de dos tipos de rupturas reiteradas: la que diferencia al „Yo“ o „Nosotros“ del „Otro“ y la que diferencia el „Antes“ del „Ahora“. La diferenciación respecto al „Otro“ se realiza a través de dos proyecciones complementarias y contradictorias: a) la reiterada referencia a un sujeto externo percibido como amenazante⁷ y b) la segregación (*supresión* o *negación*) de minorías para restaurar la unidad imaginaria perdida⁸. La diferenciación entre el „Antes“ y el „Ahora“, a su vez, es necesaria para absolutizar el carácter contingente de las ideas.

Así se construyen rupturas históricas que nunca existieron en la forma propuesta, o se niegan, se suprimen y/o se desplazan rupturas efectivamente producidas, especialmente para suprimir su violencia intrínseca y presentarla como externa al cuerpo social. Estas maniobras tienen efectos sobre las identidades colectivas y las percepciones mutuas entre dos complejos culturales aquí tratadas, porque en *las coyunturas de ruptura*⁹ cambian las imágenes sociales.

discursos de identidad) sería un *u-topos* (un no-lugar) en el que se darían los intercambios entre *transferencia* y *contratransferencia* (Porath 1997:134-68).

⁶ Siguiendo a M. Foucault (1984), *el poder* es un sistema de estrategias para restablecer el control sobre el Inconsciente y asegurar así la posibilidad de *producción, circulación y reproducción de la vida*. Ese sistema se concentra en torno a puntos nodales seleccionados contingentemente en los que se instalan los aparatos de coacción y persuasión necesarios para imponer las estrategias del sujeto individual o colectivo. Por eso no existe „*el poder*“, sino „*centros de poder*“ y no es posible „*tomar el poder*“, sino „*alcanzar el control de los o crear centros de poder*“. Aplicando este giro interpretativo al análisis sociopolítico y cultural se supera la visión del poder como *capacidad* (Hindess 1996) y su fijación en aparatos institucionales y se hace necesario para su análisis reconstruir en cada situación la totalidad del sistema. *El poder* es contingente y sólo depende de *la voluntad y las circunstancias*.

⁷ La simple constitución de la diferencia no basta para definir identidades: la misma debe percibirse como amenazante para poder construir al Otro como extraño. Sin el „*extrañamiento*“ del Otro no hay delimitación del sujeto. Pero como el espacio del sujeto-consciencia-identidad es un „*no-lugar*“ para el intercambio entre *transferencia* y *contratransferencia*, *la delimitación del sujeto sólo puede darse por la proyección, la negación y la ruptura (el trauma)*. *El sujeto se constituye entonces en una red de contradicciones múltiples: Otro-sujeto-Inconsciente*. En esta red la ruptura supone la continuidad y viceversa.

⁸ Inversamente la aceptación (en un ejercicio de „*resignación positiva*“) del Otro como similar y diferente está en una correlación positiva con la disposición a aceptar e integrar productivamente la diferencia interna. Esta ecuación del desarrollo identitario tiene una gran importancia para la relación entre las culturas: cuanto mayor capacidad tenga una de aceptar sus propias diferencias y rupturas internas, mayor será su habilidad para tratar equilibradamente con las otras y a la inversa. *Sólo la aceptación de la propia relatividad puede abrir el camino a la convivencia entre las culturas*.

⁹ Sobre el concepto de „*coyunturas de ruptura*“ v. J.C. Chiaramonte (1982).

Por eso la reconstrucción de las coyunturas de efectiva ruptura es una de las primeras tareas para restablecer el sentido de los discursos colectivos. Para cumplir con este objetivo en este texto se ha organizado la historia de las visiones mutuas de los Estados Unidos y América Latina en el siglo XX en tres grandes etapas determinadas por cuatro rupturas.

Las visiones y fronteras entre las Américas en el siglo XX

„El corto siglo XX“ (E. Hobsbawn 1994) fue más largo en América que en Europa. Comenzó en 1898, cuando los EE.UU. intervinieron en la Guerra de Independencia de Cuba, y acabó en las Navidades de 1989, cuando la aviación norteamericana masacró a 4.000 civiles en la Ciudad de Panamá buscando a su ex-protégido, el General Noriega.

1ª ruptura: Unos son americanos, los otros necesitan adjetivo

Cuando los Estados Unidos intervinieron en la Guerra de Cuba en abril de 1898, lo hicieron para cumplir la autoasignada misión de propagar la Libertad, acabar con el colonialismo y poner orden en el Hemisferio Occidental después de reprimida en 1890 la última resistencia indígena y completado el control del espacio interno (Koenig 1992:409-18; Tindall/Shi, 1984:592-600; Zuleta, 1998). Al mismo tiempo trataban de frenar los avances británicos y alemanes sobre el continente que percibían como amenazantes (Lammersdorf 1994:30-34).

Así el expansionismo norteamericano en el continente combinó desde el principio absolutismo ideológico, intereses económicos y el miedo a agresiones transoceánicas que pudieran aprovecharse de “la debilidad” latinoamericana para amenazar a EE.UU.

La actitud prepotente de éstos antes de la guerra y su posterior anexión de Puerto Rico, Filipinas y algunas islas del Pacífico, así como su ocupación de Cuba difundieron la percepción de su mensaje de la Libertad como máscara de su expansionismo.

En la propia opinión pública las iniciales resistencias antianexionistas (Tindall/Shi 1984:600-03; Zuleta 1998) se silenciaron apenas se percibieron los beneficios de la expansión. En los años siguientes el antimperialismo liberal democrático apoyó la política de “ordenamiento” en el Caribe, mientras que el aislacionismo conservador predominante hasta 1941 aceptó las intervenciones en el continente mientras las ganancias fueran mayores que las pérdidas y no implicaran dar a las poblaciones dominadas la ciudadanía norteamericana (Lerner 1958:900-01). El derecho autoatribuido de intervenir en los asuntos de los países del sur combinaba el absolutismo ideológico (un solo tipo de sistema económico y político era el correcto) con el racismo. Así la expansión exterior fue equivalente a la segregación interna.

En 1898 la reacción de los intelectuales de todo el continente comenzó inmediatamente con un famoso discurso de Paul Groussac (fundador y primer director, de origen francés, de la Biblioteca Nacional argentina) condenando la intervención norteamericana con una advertencia contra el espíritu “*materialista y calibanesco*” que con la victoria de los Estados Unidos se extendería por todo el continente y al que él oponía el “espíritu latino” (Fernández R. 1995 [1971]:33).

El discurso de Groussac fue continuado por el ensayo de Rubén Darío „*El triunfo de Calibán*“ (1989:161-66), editado poco después en Nueva York, pero la respuesta definitiva la dio José E. Rodó en 1900 en su ensayo „*Ariel*“ cuya llamado a idear una ética laica y democrática (Acosta 2000) influyó duraderamente a la juventud intelectual del continente (Ette/Heydenreich 2000).

Los tres autores recibieron el motivo shakespereano de „*La Tempestad*“ a partir de la versión elitista popularizada por Ernest Renan en 1878 que Rodó modificó en un sentido democrático. El „*arielismo*“ fundamentó el primer latinoamericanismo de la historia como opuesto al espíritu „yanqui“¹⁰. Por la falta de estudios relevantes sobre la historia y sociedad de América Latina y por la propia educación europeizante esta juventud intelectual encontró sus motivos en la literatura (Acosta 2000; Berg 1995:159-72; Fernández Retamar 1995 [1971]; Vior 2001a; Werz 1992:97-99).

La búsqueda del origen iniciada entonces se hizo más concreta a partir de 1910 con el Ateneo de la Juventud en México (Leinen, 2000) la generación del Centenario en Argentina y la Revolución Mexicana. Radicalizando su programa liberal originario por el agrarismo ésta despertó un movimiento nacionalista que en 1914 suscitó la intervención norteamericana en Veracruz y evitó la guerra gracias a la intervención diplomática del “Pacto ABC” (Argentina, Brasil y Chile). Desde el inicio del siglo XX la introducción de reformas democráticas y sociales y la construcción de identidad nacional fortalecieron la identidad latinoamericana y chocaron con las intervenciones norteamericanas. Este paradigma se reforzó a partir de 1918 con la Reforma Universitaria que de Córdoba (Argentina) irradió rápidamente a todo el continente.

Los Estados Unidos, a su vez, percibieron el antimperialismo y nacionalismo latinoamericanos como recaídas antiliberales, así como riesgos para sus inversiones y su

¹⁰ En su ensayo “*Caliban: Suite de 'La Tempête'*”, (Paris, 1878, en: *Oeuvres complètes*, tomo III, Paris, 1949:378-401) Ernest Renan propuso la antinomia Ariel-Calibán as como una metáfora de la oposición entre élites y “vulgo” democrático. Estas connotaciones conservadoras fueron modificadas por Rodó, quien veía en “el gobierno de los mejores por su inteligencia y educación” (Acosta 2000:14) el correctivo necesario para la masificación triunfante en los Estados Unidos. Investigaciones recientes lo ven como el fundador de la filosofía latinoamericana (Acosta 2000, Aínsa 2000).

seguridad nacional. Mediante un programa de reformas liberal democráticas Woodrow Wilson (1913-21) procuró integrar social y económicamente en la sociedad norteamericana a las masas inmigrantes del sur el este de Europa. Para las regiones de origen de esos grupos propuso también después del fin de la Primera Guerra Mundial en 1918 la autodeterminación y la soberanía popular. Pero su programa reformista interno dejó fuera a los afroamericanos y a los mexicanos del suroeste. A los países dominados del Caribe y a México les negó a su vez el derecho a la autodeterminación en un nuevo ejercicio del racismo.

La segregación interna y externa fue elaborada por la literatura, las artes y los medios para que no afectar negativamente el funcionamiento del modelo (Vasey 1993:224).

Para el aislacionismo predominante en los años 20 el expansionismo norteamericano en el Caribe y América Central se parecía demasiado al colonialismo que Washington criticaba en sus aliados europeos, era caro e inefectivo. Se imponía un cambio de método.

2ª ruptura: “Realismo y seguridad continental”

La crisis de 1930 y el surgimiento de los nacionalismos populares, primero en México y Brasil y luego en Argentina (Vior 1985), fueron un giro de la política latinoamericana paralelo al pasaje de norteamericano del „Gran Garrote“ a la „Buena Vecindad“.

Confrontados con la superación de la crisis económica y pronto con el agravamiento de la situación europea, desde el comienzo de la Presidencia de Franklin D. Roosevelt (1933-45) los Estados Unidos procuraron asegurarse el apoyo del continente americano reduciendo los costos de intervenciones propias (Tindall/Shi 1984:762).

El abandono progresivo de las expediciones militares en el continente había comenzado ya durante la Presidencia de H. Hoover (1929-33), pero entre 1933 y 1941 rigió una versión de la Doctrina Monroe orientada exclusivamente contra intervenciones extracontinentales. La combinación de aislacionismo respecto a los problemas europeos, formación de un bloque continental y promoción del comercio y las inversiones norteamericanas en la región redondeó la política continental de los Estados Unidos (König 1990:438-46).

Cuanto más empeoraba la situación internacional, más intenso era el intento de incluir a todos los estados del continente en pactos de seguridad colectiva. De ese modo el gobierno de Roosevelt esperaba también asegurarse las materias primas y los mercados de los países latinoamericanos.

Esta relación estrecha entre la defensa de la “*seguridad continental*” y la promoción de los intereses económicos norteamericanos no escapó a la percepción de los principales países del sur (Argentina, Brasil, Chile y México) que desde 1933 introdujeron mecanismos económicos de regulación y proteccionismo para promover la industrialización sustituyendo importaciones.

La política continental de Roosevelt reemplazó el “*internacionalismo liberal democrático*” de W. Wilson por un “*liberalismo realista*” (Smith 1994:121-22) que se limitó a conservar el status quo garantizando al mismo tiempo la hegemonía continental norteamericana¹¹. Los Estados Unidos convalidaron así regímenes dictatoriales como el de R. Trujillo en la República Dominicana.

La política de la „Buena Vecindad“ reemplazó las intervenciones directas por las indirectas. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los EE.UU. habían aumentado sustancialmente su dominio económico sobre el Continente y le habían añadido el militar. La visión panamericanista de Roosevelt vinculó duraderamente la defensa del continente con la promoción de los propios intereses económicos y el apoyo a regímenes conservadores.

Para diferenciarse y preservar las propias estrategias de desarrollo los nacionalismos populares de la posguerra (Vior 1985) acentuaron en consecuencia su antimperialismo. Sin embargo, cuanto más se consolidaban, más pragmáticos y menos radicales eran. Así después de 1945 y del comienzo de la Guerra Fría, los Estados Unidos no veían la realidad continental con simpatía, pero tampoco como peligrosa (König 1990:453-55). La amenaza venía nuevamente “de afuera” (el expansionismo soviético) y los vínculos comerciales y militares de los años anteriores se usaron durante los gobiernos de H. Truman (1945-53) y D. Eisenhower (1953-61) para „la defensa de la Democracia y la Libertad frente al Comunismo“.

Como sucesor de Roosevelt sin legitimidad propia, Harry Truman reconvirtió la economía de guerra norteamericana y desmovilizó a las tropas intentando al mismo tiempo profundizar las reformas integracionistas del “New Deal” y resistir a la ofensiva de los republicanos que querían disminuir la influencia de los sindicatos y desmontar la élite reformista demócrata acusándola de “comunista” (Tindall/Shy 1984:811-16). Sin mensaje propio, el Presidente se plegó al discurso maccartista predominante para salvar las reformas y garantizar la unidad nacional. Dado que la conducción sindical de la AFL-CIO acompañó ese

¹¹ Durante los años 30 y 40 los Estados Unidos firmaron acuerdos comerciales y militares bilaterales con numerosos países latinoamericanos dándoles para sus materias primas acceso a su propio mercado y obteniendo a cambio la entrada de bienes industriales en los mercados de aquéllos. Estos acuerdos se completaban con el suministro de material militar. Así los países latinoamericanos signatarios desistían de desarrollar su industria, se hacían tecnológicamente dependientes y se endeudaban (König 1990:447-53).

giro, los proyectos reformistas formulados en los años 30 como parte de discursos de izquierda se sometieron al fortalecimiento de la alianza anticomunista con el “complejo militar-industrial”, como lo denominó el mismo Eisenhower al despedirse del cargo en 1961.

El reverso de esa política integracionista fueron el recrudecimiento del racismo y la renovada relegación de las mujeres al ámbito doméstico después de su participación en el esfuerzo de guerra, una de las explicaciones del enorme crecimiento demográfico hasta los años 60. Nuevamente puede constatarse una correlación directa entre exaltación nacionalista y la segregación interna.

Para el nacionalismo latinoamericano, en tanto, los autoritarismos europeos de la entreguerra y la bipolaridad de la posguerra ofrecían la oportunidad de independizarse y negociar con Washington sin tener que enfrentarlo.

La necesidad de salir de la crisis llevó a los principales países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile y México) a aplicar la estrategia del desarrollo orientado hacia el mercado interno, integrándose regional y socialmente junto con la solidaridad latinoamericana y una actitud pragmática hacia Washington. Los EE.UU. se habían convertido de amenaza en desafío con el que competir y negociar.

Gracias al nacionalismo se formó una identidad común latinoamericana basada en reapreciaciones compartidas de la historia, el territorio, la lengua, la estética y las costumbres. El surgimiento de un mercado latinoamericano para el consumo de cultura popular fue el signo distintivo de esta visión de sí mismos apoyada en los nacionalismos. Se trataba de un lugar común intermedio en el que todos se reconocían aunque con percepciones diferentes.

El espacio de maniobra internacional de los regímenes nacionalistas estaba en estrecha correlación con el grado de integración social interna. Países con una gran masa campesina sobre la que descargar los costos de la industrialización y la política social (por ejemplo México y Brasil) podían permitirse compromisos tácticos más atrevidos con Washington que aquéllos, como Argentina, en los que la integración de todos los sectores populares al movimiento nacionalista había estrechado los márgenes de maniobra interna.

Al mismo tiempo la política de emblocamiento de los Estados Unidos, producto del miedo y la necesidad de mantener los equilibrios internos, desequilibraba los procesos reformistas en el continente.

En esos años los EE.UU. consolidaron sus vínculos con las naciones del Continente mediante el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947 y la formación

de la OEA en Bogotá en abril de 1948¹². Con estos instrumentos institucionalizaron la combinación de panamericanismo e intervenciones militares aún hoy constituyente del sistema hemisférico (König 1990:454-55).

Convencidos los Estados Unidos de que la democracia era “improbable” en América Latina (Smith 1995:180-81), intervinieron en 1954 en Guatemala para deponer al presidente reformista electo y agudizaron el enfrentamiento con Cuba a partir de 1959. En su apoyo a las élites conservadoras los Estados Unidos bloquearon en la época del “realismo” sus propios intentos de propagar la democracia en el continente y desmerecieron el valor de la misma.

3ª ruptura: Seguridad Nacional para la „Libertad (norte-)americana“

Los nacionalismos populares alcanzaron los límites de sus reformas ya en los años 50¹³, aunque la capacidad de control del régimen mexicano le permitió postergar la crisis hasta 1982. La limitación de su desarrollo se correspondió con la reducción de su influencia internacional por la agudización de la Guerra Fría en el mismo período. Los compromisos con los grupos conservadores los debilitaron internamente e indujeron en varios casos radicalizaciones discursivas que la conducción norteamericana percibió como antesalas de golpes de estado comunistas. Esta polarización provocó el tránsito a la tercera fase de las visiones interamericanas: la de *la “seguridad nacional”* y *el nacionalismo revolucionario*.

Por el estancamiento del crecimiento económico y la crisis de los nacionalismos populares (König 1990:457-59), la Revolución Cubana y la agudización de la Guerra Fría las surgentes contraélites intelectuales y populares latinoamericanas comenzaron hacia 1960 a ver a los Estados Unidos y sus aliados internos como enemigos¹⁴.

Estos, a su vez, percibieron a la Revolución Cubana como una agresión soviética a su seguridad, la que debían combatir militarmente. Sucesivas conferencias interamericanas debieron legitimar esta política (König 1990:462-65).

Para la misma se movilizó en el plano interno el consenso anticomunista unificador resultado del período maccartista. Los liberales, ya adaptados al “realismo” por F.D.

¹² La coincidencia de la Conferencia Panamericana que se proponía fundar la OEA con el alzamiento popular por el asesinato de Jorge E. Gaitán (el “bogotazo”) simbolizó la relación entre diplomacia continental y sentimientos populares y confirmó los temores de la élite norteamericana fortaleciendo su política de control continental.

¹³ El hecho de que el gobierno de João Goulart (1961-64) haya sido derrocado en marzo de 1964 por un golpe militar con intervención norteamericana por haber querido introducir la reforma agraria y controlar las remesas de ganancias al exterior no hace más que confirmar la constatación sobre los límites del nacionalismo popular (Vior 1991:264-70).

Roosevelt, se aseguraron su supervivencia política deslastrando el reformismo. En la arena internacional con esa mutilación argumental se enajenaron de las aspiraciones anticoloniales y sociales de Africa, América Latina y Asia (Smith 1995:186). Para mantener el equilibrio internacional sin perder apoyo interno los conservadores respetaron de mala gana ese pacto hasta fines de los años 70.

Base y motor de este desarrollo fueron los cambios en la sociedad norteamericana después de 1945: gigantesco crecimiento demográfico (más de 40 millones de habitantes nuevos entre 1945 y 1970, un 30 por ciento más de población), aparición de una masa juvenil ávida de consumo y participación, continuo crecimiento económico hasta mediados de los años sesenta, aumento del consumo y su extensión a la mayoría (empero importantes bolsones de pobreza subsistieron y explotaron en alzamientos después de 1965), innovación tecnológica en el campo y aumento del éxodo rural, crecimiento de los suburbios y multiplicación de la clase media allí instalada, cambios en la sociabilidad por la expansión de la televisión, los centros comerciales, la casa unifamiliar y la mayor posibilidad de viajar, etc.

Al mismo tiempo el relegamiento de la mujer al hogar, el renacimiento de la vida parroquial y el miedo a posibles crisis (en parte por el recientemente extendido endeudamiento) consolidaron el conservadorismo hegemónico. Sin embargo la velocidad de los cambios y sus consecuencias: la masificación y pérdida de sentido de vida, la polarización en torno al movimiento por los derechos civiles, así como la protesta juvenil difundían hacia 1960 un malestar cargado de violencia potencial (Tindall/Shi 1984:838-56 y 871-76).

Cuando triunfó la Revolución Cubana en enero de 1959 esta necesidad de descargar la latente violencia interna y la frustración acumulada en la isla durante casi un siglo polarizaron la confrontación con un absolutismo ideológico de otro modo relativizable. Así la alianza de Fidel Castro con la Unión Soviética y la pánica reacción de Washington fueron inevitables.

La negación mutua total modificó la dicotomía continental: la Segunda Declaración de La Habana de 1962 y la Doctrina de Seguridad Nacional remplazaron a la combinación de negociación y conflicto del período anterior por un clima de guerra.

Entre la segunda y la tercera etapa en la historia de las visiones interamericanas no hay rupturas estructurales significativas, sino un cambio radical en las percepciones mutuas: la mayoría de los latinoamericanos descreyeron de los Estados Unidos, mientras que la Revolución Cubana fomentaba una sensación de dignidad recuperada. Tanto mayor entonces el miedo de aquéllos.

¹⁴ Aquí sólo puede mencionarse la relación multidireccional existente entre la urbanización, la extensión de la asistencia sanitaria y de la educación, la ampliación del mercado de consumo, las dificultades del crecimiento económico y la radicalización de la juventud de clase media (Werz 1992:112-16).

La polarización se agudizó con el bloqueo económico a Cuba, el intento de invasión en Bahía de Cochinos en abril de 1961, la crisis de los cohetes en octubre de 1962, el apoyo militar de Washington al golpe de estado en Brasil en marzo de 1964, la represión militar norteamericana contra manifestaciones por la soberanía panameña sobre el Canal pocos meses después, su intervención en Santo Domingo en abril de 1965 y las muertes de Camilo Torres en Colombia en ese mismo año y del Che Guevara en Bolivia en octubre de 1967 (König 1990:462-68).

Al actuar así los Estados Unidos confirmaban el modo en que los latinoamericanos los veían a ellos y a sí mismos. Según esta visión la historia continental estaba llegando a su meta: tras un largo pasado de dominaciones coloniales llegaba la hora de la Liberación y de la madurez de América Latina. El “boom” de su literatura, los estudios sobre la dependencia, la extensión de la teología y la filosofía de la liberación, el auge de “la nueva canción latinoamericana” y de la nueva estética revolucionaria fueron expresiones de esa peculiar eclosión de autoconsciencia.

Al mismo tiempo la extensión y radicalización del movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, el asesinato de John F. Kennedy en noviembre de 1963, las primeras rebeliones de los guetos afroamericanos a partir de 1965 y el escalamiento en la guerra de Vietnam hasta llegar en enero de 1968 a una victoriosa ofensiva de propaganda de las fuerzas revolucionarias difundieron en Africa, Asia y América Latina la sensación de que mediante una vasta alianza internacional era posible vencer a la república norteamericana en crisis. El imaginario nacionalista postcolonial proyectaba en su visión del Otro dominante la de sí mismo: si la unidad del Estado y la movilización de las masas son los instrumentos fundamentales para la consolidación de la identidad nacional, quien no dispone de ellos es débil.

Pero en ese cálculo desconocieron una diferencia determinante de la fuerza de los Estados Unidos: *la idea religiosa de su misión en el mundo que cohesiona su comunidad simbólica y les da la fuerza que moviliza recursos materiales de todo tipo*. Si bien los grupos más radicales de los movimientos afro- y mexicano-americanos en esos años se alzaban contra el sistema, la mayoría de los opositores a la guerra de Vietnam y los propagadores de las nuevas contraculturas protestaban contra lo que percibían como abandono del “mensaje fundacional” de los Estados Unidos. Al refundacionalismo y el miedo a la potencial agresión externa se sumó en 1973 la derrota en Vietnam y la sensación de amenaza provocada por la primera crisis del petróleo.

La diferenciación externa promovida por el nacionalismo revolucionario latinoamericano se combinó con rupturas internas significativas. La masacre cometida por el ejército mexicano contra un acto de masas en Tlatelolco el 3 de octubre de 1968 y la ruptura pública de Montoneros con Perón durante la manifestación del 1° de mayo de 1974 acarrearón en el primer caso la destrucción y en el segundo la separación del nacionalismo revolucionario de su tronco original.

Tanto la juventud revolucionaria como las élites norteamericanas sostenían visiones generalizantes e ideológicas de la realidad continental.

La contraofensiva reaccionaria puesta en marcha en Brasil en 1969, luego extendida y profundizada por la “Operación Cóndor” (Mariano 1998) a todo el Cono Sur con los golpes de estado en Uruguay (1973), Chile (1973) y Argentina (1976), se dirigía al aniquilamiento físico de las contraélites y la creación de un clima de terror que disuadiera de toda protesta para reducir la participación de los sectores populares, expropiar sus bienes y apropiarse de los aparatos estatales para saquearlos. Las dictaduras terroristas combinaban en sus proyectos nacionales el reaccionarismo colonial y preconciliar con el neoliberalismo de élites conservadoras asociadas mayormente a grandes corporaciones norteamericanas. Aunque los golpes de estado fueron mayormente organizados y conducidos por fuerzas militares y élites locales, el apoyo externo fue determinante de su éxito¹⁵.

El nacionalismo revolucionario nunca formuló estrategias de gobierno¹⁶. Estrujado entre los dos grandes bloques mundiales perdió rápidamente su autonomía, mientras que su elitismo le hacía desconfiar de los propios sectores populares en cuyo nombre pretendía actuar y la bárbara represión sufrida por sus activistas y los pueblos no les dio tiempo para madurar.

Su visión de la unidad continental puede considerarse como cesarista y cercana al bolivarismo (Zea 1976), porque de la acción militar liberadora esperaban la creación de conciencia revolucionaria y su propia legitimación como élite dirigente. Su mitificación de la ética revolucionaria y del ambicionado „hombre nuevo“ (aspectos ambos de hondas raíces cristianas) lo remiten a tradiciones latinoamericanas de la Independencia y las guerras civiles del siglo XIX, pero también del espíritu misionero desde el siglo XVI. Este capítulo de la historia de las ideas en América aún está por escribirse.

¹⁵ Para el golpe militar de 1976 en Argentina véanse las magníficas investigaciones recientes de María Seoane y Vicente Muleiro „*Los papeles secretos de la embajada*“ (1997) y „*El dictador*“ (2001).

¹⁶ Aún después de veinte años para una crítica diferenciada del antimperialismo revolucionario de los años 70 sigue siendo recomendable un artículo publicado por Leopoldo Mármora (1981). Para la fundamentación teórica véase su libro (id., 1983).

Los EE.UU. entraron en la guerra de Vietnam empujados por el internacionalismo liberal de John F. Kennedy. La absolutización de su estrategia de contención global del comunismo justificó su intromisión en una confrontación en la que no estaban en juego sus intereses materiales. Una vez adentro, sólo pudieron salir derrotados en 1973 (Campbell/Kean 1997:248-67; Smith 1995:206-08). La política internacional de R. Nixon (1969-74), su secretario de Estado H. Kissinger y el sucesor G. Ford (1974-77) fue forzosamente “realista” en términos europeos, porque intentaba disminuir las pérdidas. Pero al hacerlo convalidó la totalitaria Doctrina de la Seguridad Nacional y la ofensiva reaccionaria en América Latina (Smith 1995:208-09). Jimmy Carter (1977-81) intentó contrarrestar esa influencia con una política global de derechos humanos con la que salvó algunas vidas y recuperó la confianza de sectores democráticos y liberales, pero se enajenó los conservadores y reaccionarios.

La falta de visiones, la agudización de la Guerra Fría desde 1977 (despliegue de los cohetes soviéticos de alcance medio en Europa Central), los golpes conservadores contra el Estado de bienestar social luego de las crisis del petróleo de 1973 y 1979 y el aumento de influencia paralelos del fundamentalismo religioso y el neoliberalismo económico, que conquistaron la hegemonía con el triunfo de M. Thatcher en Gran Bretaña en 1979, posibilitaron la victoria de R. Reagan en las elecciones de 1980.

El fin de la dicotomía

Este Presidente fue el organizador de la “*restauración conservadora*” en todo el continente. Desde la desregulación de los mercados financieros en 1981 hasta la politización del problema de la droga y la carrera armamentista cambió el sistema mundial mientras sometía a América Latina al control estadounidense. El tratamiento de la deuda externa y del narcotráfico, así como intervenciones militares fueron sus instrumentos básicos.

La Guerra por las Islas Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña en abril-junio de 1982 ratificó la hegemonía militar de los países de la OTAN sobre América Latina y redujo el espacio diplomático de la gran mayoría que apoyó a Argentina. En tanto la declaración mexicana de la moratoria, en octubre del mismo año, desató la crisis de la deuda externa.

La guerra mencionada implicó un choque para la visión norteamericana del continente. Que uno de los más radicales ejecutores del terrorismo de estado fuera capaz de desafiar militarmente al principal aliado de los Estados Unidos, ganar el apoyo de la mayoría de los gobiernos y pueblos del continente, de Fidel Castro, del bloque soviético y de muchos países afro-asiáticos convenció a Reagan de promover para América Latina las mismas reformas democráticas reclamadas para Europa Oriental, consolidando a las élites aliadas

para evitar cambios radicales. Esta política de “*constructive engagement*”¹⁷ fue aplicada por el nuevo Secretario de Estado George Schulz desde mediados de 1982 (Smith 1995:286-87).

Cuando en octubre del mismo año México declaró la moratoria en el pago de la deuda externa se produjo el pánico de los tenedores de bonos de la misma. En el continente esta crisis afectó fundamentalmente a los países mayores. Su gestión fue pronto parte de la estrategia norteamericana de democratización controlada del continente: desde entonces la aprobación de los créditos que los países deudores solicitan ante los organismos financieros internacionales depende de la aplicación de medidas de democratización política, de la apertura y de la desregulación radical de sus economías reclamadas por la ideología neoliberal (Smith 1995:291). Los “planes de ajuste estructural” del FMI y la iniciativa del Secretario del Tesoro Nicholas Brady en 1987 para renegociar la deuda vinculándolo a la privatización de las empresas públicas que lleva su nombre completaron el esquema.

Estas iniciativas integraron sin reservas a América Latina en el modelo político-económico y cultural mundial de orientación neoliberal. La democratización del continente desde 1982 consolidó a las élites que se habían apoderado del Estado en los 60 y 70, confirmó la segregación de la mayoría de la población, garantizó el control externo de sus economías y aseguró la vigilancia de agencias norteamericanas sobre su vida cotidiana. Posteriormente se incorporaron a su control otros países hasta constituir un esquema de control continental.

Así la restauración conservadora en América Latina calmó internamente el miedo estadounidense a los riesgos de una “democratización descontrolada” para su seguridad. Este control exterior se combinó con el desmontaje de los equilibrios internos heredados.

Las políticas continentales de sus sucesores George Bush (1989-93) y Bill Clinton (1993-2001) se caracterizan por la consolidación de la restauración conservadora. La victoria de los Estados Unidos en la Guerra Fría y el crecimiento económico continuado hasta el 2000 los convirtieron en única superpotencia mundial. En América Latina ratificaron ese papel en la Navidad de 1989 cuando invadieron Panamá y masacraron a 4.000 civiles buscando al General Noriega. Desde entonces quedó claro quién era el patrón indiscutido del continente. “El corto siglo XX” había terminado y con él la dicotomía que organizaba a las Américas.

La falta de competencia internacional creó a la élite dirigente norteamericana problemas de legitimación parcialmente resueltos por el autoasignado papel de “policía del mundo”. Sin embargo, para ser respetado un “policía del mundo” tiene que entrar en acción.

¹⁷ „The term ‘*constructive engagement*’ was first used in the Reagan administration by Chester A. Crocker, shortly before he became assistant secretary for African affairs in 1981. (...) Wherever it was applied, *constructive engagement* aimed at creating a climate of confidence, reassuring foreign governments of American commitment to their regime in the process of a difficult transition to democracy” (Smith 1995:274).

Así las fuerzas armadas, de seguridad y cuerpos especiales norteamericanos (CIA, FBI, DEA, etc.) se arrogaron tareas antes correspondientes a las fuerzas de los países subordinados e intervinieron en el control cotidiano de las sociedades latinoamericanas.

La politización de la cuestión de la droga cumple un papel central en este proceso. Desde los años 70 organismos norteamericanos estuvieron implicados en el desarrollo de este sector económico (Smith 1995:300-01). Esas redes se autonomizaron luego y se organizaron transnacionalmente, especialmente después del fin de la Guerra Fría, vinculándose al tráfico de armas y al lavado de capitales. Así se desarrolló la economía exportadora de la droga en la región andina. Los distintos gobiernos norteamericanos crearon por esa vía una imagen de enemigo que justifica intervenciones en los asuntos internos latinoamericanos y permite ejercer una masiva represión contra los sectores más pobres de la propia población.

Al combatir el cultivo de la coca están expulsando a poblaciones rurales en toda la región andina. Al mismo tiempo cuatro millones de norteamericanos (el 60 por ciento de ellos afro-, muchos hispano-norteamericanos) carecen de derechos políticos por delitos cometidos, muchos de ellos vinculados al tráfico de drogas y algunos ya purgados (Halimi/Wacquant 2000). Nuevamente se verifica la relación entre sometimiento externo y segregación interna.

La tercera revolución industrial en marcha, la desregulación mundial de los mercados financieros y del comercio internacional, la privatización general de los sistemas de pensiones y seguridad social y el desmontaje de la regulación estatal en los países latinoamericanos crearon a la vez ingentes capitales necesitados de inversiones en bienes fijos y la posibilidad de ligarlas a la propiedad de la tierra, de tecnologías tradicionales y a obras de infraestructura.

Enormes superficies pasaron en todo el continente a ser propiedad de fondos de inversión transnacionales que indujeron la integración forzada de los espacios interiores en el mercado mundial. El instrumento privilegiado para esta integración es el cultivo de la soja, especialmente en sus variantes transgénicas, para exportación a Europa (Gnekow-Metz 1999), porque por la misma se regula el mercado mundial de alimentos y se aprovechan las inversiones en biotecnologías. Este es uno de los principales puentes entre la “*old*” y la “*new economy*”.

Pero también la extracción de petróleo y otros minerales permiten fijar inversiones e integrar territorios en el mercado mundial. Así se justifican inversiones en grandes obras de infraestructura que extienden el control privado sobre inmensos territorios, expulsan a poblaciones campesinas, segregan a minorías y aumentan la deuda externa por el financiamiento público indirecto (ASPROCIG 1998; Beard 2000; ECOA 1997; Galinkin 2000; IEP 1999; Switkes 1999; Vior 1996).

El aumento de los intercambios y la necesidad de consolidar las inversiones crecientes llevaron a Clinton a impulsar proyectos de libre comercio discutidos desde décadas. Así el 1º de enero de 1994 entró en vigencia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) incluyendo a Canadá, Estados Unidos y México aumentando drásticamente el intercambio comercial. Desde 1998 en tanto los Estados Unidos intentan imponer una Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA) a partir del 2005 (Habel 2000).

La “guerra de la coca” y la difusión del libre comercio se combinaron bajo este gobierno con una política liberal de defensa de los derechos humanos. No hubo cambios sustanciales en la política hacia Cuba que alimenta el anticomunismo de la identidad norteamericana mientras que el lobby cubano en el Congreso pone a prueba las relaciones entre el Estado y las minorías establecidas (irlandeses, italianos, judíos, polacos y cubanos) y el equilibrio entre los grupos de presión. El papel de Florida en la política interna, evidente en las últimas elecciones, impide también modificar la relación con Cuba.

En el nuevo modo de sujeción norteamericana del continente se fusionan el globalismo uniformizante, la penetración extensa de la vida pública, la disposición sobre sus recursos económicos, la garantía del funcionamiento de ciertas reglas democráticas y la asunción como propios de los problemas latinoamericanos (Spielmann 2000:10).

La ideología de la “*globalización*” combina el internacionalismo liberal con el “realismo”: si el mundo es uno y su historia acabó en 1989, la relación entre la ideología y la defensa de intereses específicos depende de la oportunidad.

Esta nueva forma de dominación mundial la denominan algunos autores “*Imperio*”. A diferencia del imperialismo clásico el nuevo modo de dominación, siguiendo en este punto a Toni Negri (2001), forma parte de la estructura de casi todos los países. El Imperio tiene varios centros de poder (el gobierno de los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, los encuentros de los países del G-8, la OCDE, la OMC, el FMI y el Grupo del Banco Mundial) que actuando descentralizadamente y acordando sus estrategias en determinados puntos y situaciones específicos forman la conducción y su entorno (Castells 1998). Esta estructura es ágil, flexible y rápida, pero también muy lábil, sometida al riesgo de autobloqueos y al de reaccionar de modo excesivamente violento (de la Gorce 1999)¹⁸.

Las derrotas de los años setenta, el fin de los nacionalismos y la absolutización del discurso imperial extendieron en el pensamiento latinoamericano un sentimiento de debilidad y desorientación. La desarticulación de los Estados nacionales deslegitimó sus marcos de

¹⁸ El autor de este ensayo es consciente del carácter metafórico de algunos de los conceptos utilizados por estos autores. Pero las metáforas pueden servir para alumbrar el camino de la investigación sistemática.

referencia. Las élites y los intelectuales latinoamericanos volvieron a oscilar entre el sometimiento anticipado a los designios de Washington y el abandono de la escena pública.

La primera reactivación se dio en 1992: las caóticas “celebraciones” del Quinto Centenario (García Canclini 2000:61) y la Conferencia de la ONU sobre el Medio Ambiente en Rio de Janeiro propiciaron distintos “redescubrimientos” de América Latina por los latinoamericanos. Se recuperó la noción de espacio urbano y rural, los indígenas tomaron consciencia de la dimensión continental de su situación, los historiadores ampliaron las dimensiones de sus estudios, la “filosofía nuestroamericana” (Cerutti 2000) se consolidó como corriente (no sólo) académica y los “estudios culturales latinoamericanos” (Rincón 1994:5-10) se independizaron de sus modelos europeos y norteamericanos. Rompiendo con los marcos heredados la intelectualidad del continente comenzó a pensar transnacionalmente.

El alzamiento zapatista en Chiapas en 1994 confirmó en la práctica el pasaje a una etapa transnacional. Por primera vez desde comienzos del siglo XX una organización revolucionaria con base popular no se alzaba para tomar el poder sino para democratizar y “desnacionalizar” el estado existente.

Un camino intermedio ha sido la construcción de asociaciones regionales de libre comercio, la más importante el MERCOSUR. Este es importante para estrechar los vínculos fundamentalmente entre Argentina y Brasil y ganar una cierta autonomía mediante la asociación con la Unión Europea, pero en tanto no profundice su integración política y cultural seguirá siendo dependiente de los avatares monetarios y financieros internacionales.

Hay también contracorrientes de “renacionalización” cuyo ejemplo más notable es Venezuela. El liderazgo de Hugo Chávez desde 1998 parece recorrer el camino del nacionalismo popular ya abandonado por la mayoría de los países latinoamericanos. Su futuro incierto depende de su desarrollo interno y del contexto regional.

La evolución de la guerra civil en Colombia es central para el futuro interamericano. Los Estados Unidos amenazan con el “Plan Colombia” agudizar y extender la guerra civil de este país generando en el continente un nuevo tipo de antimperialismo. En el discurso moral dominante en EE.UU. la guerra contra el narcotráfico proyecta al exterior el propio problema de la droga y sirve internamente para segregar a sus víctimas. Además es un instrumento para diferenciarse nuevamente de América Latina. Es así que los atributos adjudicados a los narcotraficantes colombianos incorporan los estereotipos sobre los latinoamericanos usados durante el siglo XX.

La dirigencia estadounidense teme el ascenso de las organizaciones revolucionarias colombianas por al menos tres causas: 1) por primera vez desde los años 80 grupos

revolucionarios con apoyo popular controlan sectores importantes de población y de territorio (un 25 por ciento) en un estado latinoamericano; 2) porque teme que el éxito de los guerrilleros colombianos irradie a los países vecinos y 3) que esta guerra lleve a intromisiones extracontinentales¹⁹.

Pero también desde la perspectiva latinoamericana el desarrollo del conflicto colombiano tiene una importancia crucial. Las FARC y la UC-ELN apuntan a la realización de una amplia reforma agraria y la redistribución de la riqueza. No son democráticas, pero aspiran a la justicia social y la dignificación de los sectores populares. En este sentido son herederas del nacionalismo revolucionario. Para las organizaciones democráticas y populares dentro y fuera de Colombia su proceso es un test para las relaciones continentales: ¿están los Estados Unidos dispuestos a aceptar las reformas necesarias para basar la democracia? ¿O Colombia representará el comienzo de una nueva fractura interamericana?

Las nuevas fronteras

La dicotomía que fundamentó las fronteras entre las Américas durante más de 90 años ha desaparecido. En su lugar aparecieron **nuevas fronteras**: los Estados Unidos extendieron las suyas a todo el continente, mientras crecía en éste la segregación de grupos que están construyendo identidades no-nacionales. El espacio cultural de la América Latina sometida, por su parte, se está extendiendo por la sociedad norteamericana, introduciendo sus prácticas y problematizando las de la minoría anglosajona. Ni unas ni otras fronteras están definidas.

En la mayor parte de la literatura sobre el proyecto norteamericano en el siglo XX sólo hay referencias marginales a la presencia latinoamericana en el mismo. Desde 1823 los Estados Unidos han afirmado reiteradamente su derecho a tutelar el continente justificándose en su misión universalista, en las necesidades de su seguridad nacional y en los intereses de sus empresas. Pero esta triple justificación suponía que América Latina era externa al espacio de los Estados Unidos. De ese modo, éstos podían „exportar“ sus conflictos internos, „filtrando“ mediante sus aparatos culturales la repercusión en su propia sociedad de la violencia ejercida más allá de sus fronteras (Aparicio 1995:384).

Bajo Wilson primero y Kennedy/Johnson después América Latina fue el terreno de experimentación para aplicar internamente políticas de integración democrática y social. Pero

¹⁹ Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) permiten mediante el cobro de tributos el cultivo de la coca y el tráfico de cocaína a través de los territorios que controlan. Con ese dinero compran armas en el exterior. El otro grupo importante, la Unión Camilista-Ejército de Liberación Nacional (UC-ELN), se opone a esa política. A pesar del autoritarismo de ambas organizaciones y de algunas violaciones de los derechos humanos denunciadas internacionalmente (Human Rights Watch 2000) no se justifica hablar de “narcoguerrilla” como lo hace la prensa norteamericana.

esa intención se convirtió en una utopía homogeneizante y segregacionista. Los llamados “realistas”, desde Franklin D. Roosevelt a Bill Clinton, por su parte, al concentrarse en la estabilidad buscaron frenar la evolución y el cambio.

Los Estados Unidos se imaginan a sí mismos como producto de una ruptura con Europa, pero niegan a América Latina el derecho a la ruptura con la imagen que ellos tienen de “América”. Esta incoherencia está creando un creciente malestar en la cultura norteamericana. Gracias a sus desplazamientos ambos espacios culturales coinciden hoy territorialmente y, sin embargo, siguen circulando por diferentes caminos. Si los Estados Unidos se niegan a resolver el dilema de su relación con América Latina destruirán la propia creencia en su actitud universalista y la violencia será el principal instrumento de sus relaciones con el Sur. Pero esta vez el Sur es parte del Norte.

La cuestión migratoria es central, porque es constitutiva de los Estados Unidos. Pero también porque la pervivencia del idioma español marca la irreductible Otredad latinoamericana. La inmigración continua y creciente es la evidencia del fracaso de “la promesa del modo de vida americano”²⁰. Si hubiera tenido éxito, la misma no sería necesaria. Pero ésta crea también una angustiada sensación de asedio.

La responsabilidad de tomar decisiones cotidianas en gran parte del continente exige de los Estados Unidos también redefinir el concepto de ciudadanía, central para la autodefinición del ser norteamericano (Walzer 1997 [1990]). Durante el siglo XX restringieron mucho la incorporación de territorios sometidos para no dar la ciudadanía a poblaciones de cuya lealtad desconfiaban. ¿Qué hacer con América Latina cuando la soberanía sobre la mayor parte del continente está de hecho en manos norteamericanas? ¿Taxation without representation? Su sistema político debe resolver esta contradicción.

Después del nacionalismo popular América Latina está buscando un nuevo orden social y simbólico. La desaparición de la dicotomía y la uniformación imperial crearon condiciones para formular identidades postnacionales. Hoy es posible redefinir a América Latina como una de las culturas mundiales a partir de su relatividad²¹. Para alcanzar ese objetivo es indispensable respetar el carácter historicista del pensar latinoamericano (Cerutti 2000:99-118). Es necesario estudiar la historia del proyecto norteamericano para rastrear en él las huellas de la presencia latinoamericana. Lo mismo vale a la inversa para las interacciones de los proyectos latinoamericanos con las visiones de las culturas sometidas.

²⁰ Parafraseando el libro homónimo de Herbert Croly de 1909: *The promise of American Life*.

²¹ Esta idea es vecina a la definición de N. García Canclini sobre “el glocalismo” expuesta nuevamente en la inauguración del Congreso de Hispanistas en la Universidad de Leipzig, el 9 de marzo del 2001.

El historicismo es eficiente en las ciencias sociales, las artes y la filosofía, pero también en el campo de las ciencias naturales para reincluir la evolución de las sociedades del continente en la evolución general del mismo y estudiar la historia de las ciencias exactas y naturales así como de las técnicas en su contexto social y en sus interrelaciones mundiales.

La preocupación por el contexto inmediato debe combinarse con una intervención decidida en los grandes debates mundiales. Todos ellos tienen repercusiones sobre América Latina. Mucho más deben registrar la huella diferencial de intervenciones latinoamericanas.

Por razones de concentración, lugar y tiempo en este trabajo no se han considerado las visiones euro-latinoamericanas en su interrelación y su influencia sobre la definición de ambas identidades²² pero este tratamiento es imprescindible para completar el cuadro.

Una nueva mestización está en marcha en el Continente; un proceso que supone el ejercicio de poder y por lo tanto de violencia sobre cuerpos, sentimientos y consciencias. Pero el saber sobre los aportes de cada parte puede reducir los efectos traumáticos de esa violencia.

La conceptualización de „*las nuevas fronteras*“ es necesaria para dar sentido a todo juicio sobre las Américas. Este ha sido sólo un aporte inicial. Quien conoce, reconoce. Quien reconoce, valora. De la valoración mutua depende el diálogo.

Magdeburgo, marzo del 2001

Bibliografía básica

Acosta, Yamandú 2000: Ariel de Rodó, un comienzo de la filosofía latinoamericana y la identidad democrática de un sujeto en construcción. Un panfleto civil en la perspectiva de la función utópica del discurso. Montevideo: Instituto de Profesores "Artigas", texto de la conferencia, 2-10-00 (gentileza del autor).

Aparicio, Frances 1995: Latino and Latina cultures. En: Wightman Fox, Richard & Kloppenberg, James T. (eds.), A companion to American thought. Oxford (UK) / Cambridge (USA): Blackwell, pp. 383-86.

ASPROCIG 1998: El proyecto Urrá. En: www.asprocig.org.co/datos.html, 24.01.01.

Beard, Daniel P. 2000: Hard lessons from the US dam-building era. En: www.riosvivos.org.br/artigobarragensinige.htm, 24-1-01.

Berg, Walter Bruno 1995: Lateinamerika - Literatur, Geschichte, Kultur. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Campbell, Neil /Kean, Alasdair 1997: American Cultural Studies. London: Routledge.

²² También en este aspecto América Latina está más avanzada. Mientras que en el subcontinente nadie duda de la influencia europea sobre su identidad, lo contrario no está tan claro en Europa.

- Castells, Manuel 1998: Essential matter – Informational capitalism and social exclusion. En: UNRISD News, Nr. 19, Autumn/Winter www.unrisd.org/engindex/publ/news/19eng/castnews.htm, 24-1-01.
- Cerutti Guldberg, Horacio 2000: Filosofar desde Nuestra América. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM – Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM – Miguel Angel Porrúa ed.
- EOA 1997: El proyecto Hidrovía Paraguay-Paraná (Proyecto HPP). En: www.riosvivos.org.br/hidrovia.htm, 24.01.01.
- Ette, Ottmar/Heydenreich, Titus (eds.) 2000: José Enrique Rodó y su tiempo. Frankfurt a.M.: Vervuert Verlag.
- Fender, Stephen 1993: The American Difference. En: Gidley, Mick (ed.), Modern American Culture: An Introduction, London / New York: Longman, pp. 1-22.
- Galinkin, Maurício 2000: „Visão de uma ONG sobre o tema meio ambiente”. En: Seminario “Participación de la sociedad civil en la asociación Unión Europea/Mercosur-Chile”, Santiago de Chile, conferencia, 21-11, www.riosvivos.org.br/seminario_cebrac.htm.
- García Canclini, Néstor 2000: América Latina entre Europa y Estados Unidos: mercado e interculturalidad. En: Spielmann, Ellen (ed.), La relaciones culturales entre América Latina y Estados Unidos después de la Guerra fría, Berlín: Wissenschaftlicher Verlag, pp. 61-78.
- García Canclini, Néstor 2001: Discurso inaugural del Congreso de la Asociación Alemana de Hispanistas, Universidad de Leipzig, 9 de marzo del 2001.
- Gnekow-Metz, Andreas 1999: “Wunderbohne mit wunden Punkten”. Eichstetten: Lusophonie-Verlag.
- de la Gorce, Paul-Marie 1999: “L’Alliance atlantique, cadre de la hégémonie américaine”. En: Le Monde Diplomatique, Paris, Avril, www.monde-diplomatique.fr/1999/04/DE_LA_GORCE/11893.html, 9-2-01.
- Habel, Janette 2000: Intégration à marche forcée pour les Amériques. En : Le Monde Diplomatique, Paris, octobre, pp. 12-13.
- Halimi, Serge/Wacquant, Loïc 2000: Démocratie à l’américaine. En: Le Monde Diplomatique, Paris, décembre, pp. 1 y 6-7.
- Instituto de Ecología Política (IEP) 1999: “If you don’t know what’s going on in Ralco, it’s because the government and the businessmen hide the information that comes from the ecologist groups and the indians”. In: Instituto de Ecología Política: noticias, Santiago de Chile, www.iepe.org/noticias/pages/1999/ene9915d.htm, 31-1-01.
- Kittel, Dina 1999: La idea de “Nuestra América” en José Martí. Universität Heidelberg, Institut für Übersetzen und Dolmetschen, Seminar: Auslandsstudien, Introducción a los estudios latinoamericanos. Monografía.
- Koenig, Hans-Joachim 1992: El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica. En: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), Historia de Iberoamérica, Vol. III, pp. 405-478. Madrid: Ed. Cátedra.
- Lammersdorf, Raimund 1994: Anfänge einer Weltmacht. Berlin: Akademie-Verlag.
- Lerner, Max 1958: America as a civilization. London: Jonathan Cape.
- Mariano, Nilson Cezar 1998: Operación Cóndor. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.

- Mármora, Leopoldo 1981: Populisten und Sozialisten: Getrennte Geschichte - gemeinsame Ziele? Zur Diskussion über Nation und Demokratie in Argentinien. En: Bennholdt-Thomsen, V. y otros (eds.), *Lateinamerika. Analysen und Berichte 5*, Berlin, pp. 65-106.
- Mármora, Leopoldo 1983: Nation und Internationalismus. Probleme und Perspektive eines sozialistischen Nationbegriffs. Bremen: VSA-Verlag.
- Negri, Toni 2001: L' «Empire», stade suprême de l'impérialisme. En: *Le Monde Diplomatique*, Paris, Janvier, p. 3.
- Ramonet, Ignacio 2000: Un délicieux despotisme. En: *Le Monde Diplomatique*, Paris, mai, p. 5.
- Rincón, Carlos 1994: Die neuen Kulturtheorien: Vor-Geschichten und Bestandaufnahme. En: Scharlau, Birgit (ed.), *Lateinamerika denken*. Tübingen: Gunter Narr Verlag, pp. 1-35.
- Smith, Tony 1994: *America's mission*. Princeton: Princeton University Press.
- Spielmann, Ellen (ed.) 2000: *Las relaciones culturales entre los Estados Unidos y América Latina*. Berlín: Wissenschaftlicher Verlag 2000, pp.
- Switkes, Glenn 1999: A construção de barragens na América Latina. En: www.riosvivos.org.br/barragens_america.htm, 29-1-01.
- Tindall, George Brown & Shi, David E. 1984: *America – A narrative History*. New York / London: W.W. Norton & Co.
- Vior, Eduardo J. 1985: Nación y nacionalismo en América Latina. En: *Concordia*, Nro. 8, Aachen/Aquisgrán.
- Vior, Eduardo J. 1991: *Bilder und Projekte der Nation in Brasilien und Argentinien*. Giessen: microfilmes.
- Vior, Eduardo J. 1996: Condiciones de la participación efectiva en grandes obras de infraestructura: el ejemplo de la Hidrovía Paraguay-Paraná. En: *Oficina europea del medio ambiente* (ed.), *La Unión europea, Mercosur y el medio ambiente*, Bruselas, pp. 55-59.
- Vior, Eduardo J. 2001: Visiones de Calibán – Visiones de América. En: *Cuadernos de Marcha*, 3a. época, año 15, n° 172, Montevideo, Abril 2001.
- Walzer, Michael 1990: What does it mean to be an "American"? En: Hollinger, David A. & Capper, Charles (eds.), *The American intellectual tradition, Vol. II: 1865 to the present*, 3rd. edition, pp. 437-49. New York/Oxford: Oxford University Press, 1997.
- Werz, Nikolaus 1992: *Das neuere politische und sozialwissenschaftliche Denken in Lateinamerika*. Freiburg i.B.: Arnold-Bergstraesser-Institut.
- Zuleta, Enrique 1998: Los Estados Unidos y la Guerra del 98. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, Nros. 577-78, pp. 111-57.
- Otra literatura utilizada**
- Aínsa, Fernando 2000: Ariel, una lectura para el año 2000. En: Ette, Ottmar/Heydenreich, Titus (eds.) 2000: *José Enrique Rodó y su tiempo*. Frankfurt a.M.: Vervuert Verlag.
- Chiaramonte, Juan Carlos 1982: Coyunturas de ruptura y crisis de sistema. En: *Revista Mexicana de Sociología*, Año XXXIX, Nro. 152, Octubre, México D.F.
- Darío, Rubén 1989: El triunfo de Calibán. En: id., *Crónicas Políticas*, Madrid: Alianza Ed., pp. 161-166. 1a. ed.: New York, 1898.
- Diamond, Jared 1997: *Guns, Germs and Steel*. New York: W.W. Norton Co.

- Fernández Retamar, Roberto 1996: Calibán / La leyenda negra. Prólogo de Alemany Bay, Carmen. Lleida: Ed. de la Universitat de Lleida. 1a. ed.: La Habana: Casa de las Américas 1971.
- Foucault, Michel 1984: The Foucault reader. New York: Pantheon books. Ed. P. Rabinow.
- Hindess, Barry 1996: Discourses of power. From Hobbes to Foucault. Oxford: Oxford University Press.
- Hobsbawn, Eric 1994: Age of Extremes. London: Abacus.
- Human Rights Watch 2000: Colombia - Human Rights Developments. En: www.hrw.org/hrw/wr2k/americas-03.htm, 9-2-01.
- Leinen, Frank 2000: Visionen eines neuen Mexiko. Frankfurt a.M.: Vervuert Verlag.
- Minson, James 1987: "Strategies for socialists? Foucault's conception of power". En: Gane, Michael (ed.), "Towards a critique of Foucault" London / New York.
- Morales Padrón, Francisco 1988: „Atlas histórico-cultural de América“. Las Palmas de Gran Canaria: Gobierno de Canarias, Tomo II.
- Oxford Advanced Learner's Dictionary of Current English, ⁴1989. Oxford (UK): Oxford University Press.
- Porath, Erik 1997: Der Apparat. En: Michels, André; Müller, Peter & Perner, Achim (eds.), Psychoanalyse nach 100 Jahren, München / Basel: Ernst Reinhardt Verlag, pp. 134-68.
- Renan, Ernest 1949: "Caliban: Suite de 'La Tempête'". En: Oeuvres complètes, tomo III, pp. 378-401. Paris 1878.
- Seoane, María/Muleiro, Vicente 1997: „Los papeles secretos de la embajada“. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Id. 2001: „El dictador“. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Vox, Diccionario actualizado de la lengua española 1990. Barcelona: Bibliograf.
- Wickham, Gary 1987: "Power and power analysis: beyond Foucault?". En: Gane, Michael (ed.), "Towards a critique of Foucault", London / New York.
- Zea, Leopoldo 1976: El pensamiento latinoamericano. Barcelona.

Obras de referencia sobre el debate en torno al evolucionismo

- Brockman, John 1995– „The Third Culture“. New York: Simon & Schuster.
- Riedl, Rupert / Delpos, Manuela (Hg.) 1996 – „Die evolutionäre Erkenntnistheorie im Spiegel der Wissenschaften“. Wien: WUN-Universitätsverlag.
- Tattersall, Ian 1996 - „The Fossil Trail. How we know what we think we know about Human Evolution“. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Wright, Robert 1994 - „The Moral Animal“. New York: Pantheon Books.